

Jue
3
Ene
2013

Evangelio del día

Segunda semana de Navidad

Hoy celebramos: **Santo Nombre de Jesús (3 de Enero)**

“Y yo lo he visto, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios”

Primera lectura

Lectura de la primera carta de Juan 2, 29 – 3, 6

Queridos hermanos:

Si sabéis que él es justo, reconoced que todo el que obra la justicia ha nacido de él.

Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!

El mundo no nos conoce porque no lo conoció a él.

Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifiesta, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es.

Todo el que tiene esta esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro.

Todo el que comete pecado quebranta también la ley, pues el pecado es quebrantamiento de la ley.

Y sabéis que él se manifestó para quitar los pecados, y en él no hay pecado.

Todo el que permanece en él no peca. Todo el que pecha no lo ha visto ni conocido.

Salmo de hoy

Salmo 97, 1bcde. 3cd-4. 5-6 R/. Los confines de la tierra han contemplado la salvación de nuestro Dios

Cantad al Señor un cántico nuevo,
porque ha hecho maravillas.
Su diestra le ha dado la victoria,
su santo brazo. R/.

Los confines de la tierra han contemplado
la salvación de nuestro Dios.
Aclama al Señor, tierra entera,
gritad, vitoread, tocad. R/.

Tañed la cítara para el Señor,
suenen los instrumentos:
con clarines y al son de trompetas,
aclamad al Rey y Señor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según san Juan 1, 29-34

Al día siguiente, al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó:

«Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: “Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo”. Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua, para que sea manifestado a Israel».

Y Juan dio testimonio diciendo:

«He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma, y se posó sobre él. Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: “Aquel sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ese es el que bautiza con Espíritu Santo”.

Y yo lo he visto y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios».

Reflexión del Evangelio de hoy

¡Pues somos hijos de Dios!

Podemos conocer a Jesús si nos atrevemos a vaciarnos de nosotros mismos y, sólo entonces, llenarnos de Dios. Sabemos, y no con la cabeza sino con el corazón, que el Padre nos ama sin condiciones. Por ello los que creemos en el Dios de Jesús podemos decir, sin pretensiones de excluir a nadie, que somos una raza nueva: la de quien se sabe amado por Dios, y de verdad. Así entramos a formar parte del misterio amoroso de Dios y su Hijo, de tal manera que el peregrinar en nuestro mundo debe ser un acercamiento progresivo a Jesús y su Palabra. El pecado se opone al proyecto de Jesús, el Reino de Dios; y los que pecan hacen efectiva tal oposición. En cambio, los que permanecen en su seguimiento no pecan, ya que de algún modo participan de su misma vida que es un no rotundo al pecado. No se trata ahora de ser elitista por este motivo, sino de vivir con Cristo, es decir, estar radicalmente contra el pecado.

Lo he visto y doy testimonio

Juan Bautista da testimonio de Jesús con títulos evocadores de la noche pascual (Cordero de Dios, referencia también del Siervo de Yahvé). Jesús nos libra del pecado gracias a su palabra, luz y verdad para los que le seguimos; inmolado en la cruz revelará la gloria de Dios agrupando a los hijos de Dios dispersos. La mentalidad de nuestro mundo, el pecado, se opone al proyecto de Dios al que da vida Jesús, argumento muy querido para el IV evangelio. Dios le ha dado el Espíritu a Jesús a manos llenas, sin medida, y el Bautista así lo atestigua. Juan Bautista y Jesús: el agua y el Espíritu, el bautismo de agua para la conversión y el bautismo nuevo para la vida. El bautismo de Juan, ritual y externo; el de Jesús, interior y transformador. Nuestro cometido, aquí y ahora: levantar acta que el Espíritu de Dios invade toda la vida de Jesús para disfrutar de la genial oportunidad de ser nosotros testigos de la vida en plenitud y lienzo que seca las lágrimas del dolor de nuestro mundo, al mejor estilo del Nazareno.



Fr. Jesús Duque O.P.
(1947-2019)

Santo Nombre de Jesús

Para la conmemoración

El amor que sintieron ya los cristianos de los primeros siglos hacia el nombre del Señor Jesús, Salvador, según nos consta por los escritores apostólicos y por la tradición, y que no sólo informó sus vidas sino que los llevó hasta confesar públicamente su fe y padecer el martirio por esta causa, fue adquiriendo un mayor desarrollo con el correr de los tiempos. En la tradición de la Iglesia oriental se desarrolló en íntima relación con la espiritualidad monástica llamada «hesicástica» (contemplación imperturbable). En occidente, en cambio, la devoción al nombre de Jesús se presenta bajo determinadas formas de devoción popular y en conexión siempre con el ciclo de las celebraciones de la Navidad. A partir del siglo XII adquirió gran auge por el influjo sobretodo de los monasterios en donde esta devoción tuvo una característica especial en su fervor, cuyo insigne testimonio es el himno, o «magna iubilatio», *lesu, dulcis memoria, llegado hasta nosotros.*

En nuestra Orden ya desde sus orígenes se enumeran muchos hermanos que profesaron amor muy particular al «dulcísimo nombre del Salvador». Esto se comprueba en que el papa Gregorio X, poco después de la celebración del segundo concilio de Lyon (1274), encomendó a los frailes Predicadores la promoción de la alabanza y veneración del santísimo nombre de Jesús, siendo el beato Juan de Vercelli († 1283), Maestro entonces de la Orden, uno de los que con más ardor se dedicó a esa promoción.

Esta dedicación apostólica se vio reforzada a la vez con nuevas formas de espiritualidad de los franciscanos y se incrementó en el s. XIV con preclaras formas de predicación y escritos espirituales entre los que se cuentan especialmente los del beato Enrique Seuze (1366), con la predicación de san Bernardino de Siena (1444) y al mismo tiempo con la difusión de las Hermandades del Santísimo Nombre: precisamente en la fundación de ellas nuestra Orden trabajó incansablemente a lo largo de los siglos por encargo de los Sumos Pontífices, especialmente a partir de Pío IV (1559-1565), juntamente con las cofradías del santo rosario.

A partir del siglo XIV se dan ya formularios litúrgicos propios, si bien solamente en siglos sucesivos pasan a la liturgia, y así, concretamente, los franciscanos lo harán en el año 1530; a finales del siglo XVII los dominicos; en el calendario romano para toda la Iglesia en 1721 ya existía en la liturgia la celebración de la Circuncisión del Señor (día 1º de enero), en la cual se aludía principalmente a la imposición del nombre de Jesús. Últimamente en el nuevo misal romano esta festividad cedió el puesto a la solemnidad de Santa María, Madre de Dios, en la cual se commemora también de modo principalísimo la imposición del nombre de Jesús (CR, n. 35). Asimismo se da en el misal romano actual la misa votiva del santísimo nombre de Jesús. A ella corresponde, pues, el presente Oficio votivo, que puede usarse «ad libitum» (OGLH, nn. 244-245), especialmente para la celebración del propio patrono o del título de la iglesia.